

Mantenemos la fe firme, sintiendo dolor y decepción

Es momento de sufrir y aprender del dolor. Sin embargo, no podemos quedarnos en él; hay que permitir al corazón sentir grandes deseos y no quedarse inmovilizados, sino movilizarse hacia el bien mayor.

Selia Paludo | Centro de Espiritualidad Ignaciana

Estamos triste y decepcionados. Nos duele como una herida que sangra escuchar el testimonio de las víctimas en los últimos tiempos. Nos unimos a su dolor sin poder comparar, porque, ellas sí sufren y han sufrido.

Vivimos días de silencio, no porque no nos importe, sino porque es demasiado lo que hemos escuchado, estamos decepcionados, dolidos y buscamos seguir con la frente en alto, con humildad, reconociendo que somos vulnerables, sujetos al error, y nos sentimos impotentes.

Hoy, no creemos mucho en las formas de penitencias aprendidas, las hemos dejado, quizás porque ya no responden a nuestra cultura y modo de vivir la fe, pero quizás deberíamos retomar el tema, cuestionándonos ¿qué ha ocupado su lugar? ¿hemos encontrado nuevas formas, o ya no tienen lugar? ¿Estamos rezando más?

San Ignacio, en la Autobiografía N°9: «Y cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho». Nuevas prácticas podrían ayudarnos a vivir más ordenados, sobre todo siendo más capaces de autogobernar nuestras pasiones y desorden.

Quizás deberíamos leer las señales de los tiempos, la presencia de Dios en medio del dolor, y escuchar su voz que habla en lo más íntimo, que nos pide cambio de vida, que nos llama ordenar nuestro mundo interno, la palabra, los gestos y las acciones para que sean más semejantes a Jesúscristo, al modo de proceder de Él. Que el conocimiento interno de Jesús sea nuestra búsqueda constante; que, en lugar de predicar a otros, seamos capaces de predicarnos

a nosotros mismos, que todo lo que estamos viviendo nos vuelque hacia adentro, de nuestra persona, de la familia, de los grupos de amigos, de la comunidad, redescubrir el valor de compartir la vida, la fragilidad, siendo capaces de sentir con el otro, sin aplicarle moral, ética o catequesis.

Es con el otro que podemos descubrir hacia qué frontera Dios nos está desafiando llegar, no para enseñar, sino para aprender juntos. Autoconciencia de lo que somos como cristianos, de las llagas que llevamos, y autoconciencia de que necesitamos de la medicina comunitaria para sanarlas. Ignacio soñaba con sanar sus heridas porque así podría pisar las tierras de Jerusalén, «luego como sanase, era la ida de Jerusalén» (aut. 9). ¿A qué Jerusalén deseamos ir? Es momento de sufrir y aprender del dolor. Sin embargo, no podemos quedarnos en él; hay que permitir al corazón sentir grandes deseos y no quedarse inmovilizados, sino movilizarse hacia el bien mayor.

•
Quizás sea momento de dejar de actuar por la razón, y leer las señales sencillas que nos envía Dios, nos preocupamos por el grande y nos olvidamos del pequeño grano de mostaza, que puede llegar a ser un gran árbol.

TOCAR LAS RAÍCES DE NUESTRA FE

Recomenzamos tocando las raíces de nuestra fe, del para qué somos lo que somos, dando espacio y tiempo para el amor que nuestros corazones y que nos mueve a ser y a reencantarnos con el Cristo encarnado; presente en el hermano, que nos dinamiza a construir una familia, una comunidad una Iglesia y por qué no una sociedad más humana y esperanzadora.

Deseemos estar sanos para ponernos en camino a la Jerusalén donde no hay aplausos, ni reconocimientos, sino que hagámoslo entregando la vida por amor. Alimentémonos de oración para tener fuerzas, como lo hizo Ignacio. «En la cual haciendo oración aquella noche para cobrar nuevas fuerzas para su camino» (cap. 2, N° 13).

Quizás sea momento de dejar de actuar por la razón, y leer las señales sencillas que nos envía Dios, nos preocupamos por el grande y nos olvidamos del pequeño grano de mostaza, que puede llagar a ser un gran árbol.

Ignacio, siendo un hombre de grandes iniciativas e inspiraciones, fue capaz de sutilezas, como el caso de la mula: «Y así después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde se

dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar. Y haciéndolo, así como pensó, quiso nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa».

Creo firmemente que es hora de dejar a «mula» interior guiarnos y tener los ojos del corazón puestos en contemplar los gestos humildes y reales, que se nos están presentado, como el Buen samaritano del Evangelio; percibir la presencia del otro, darle tiempo y espacio, interesarse por él, para que pueda vivir. Sin embargo, no esperemos andar por la calle y encontrar quien nos necesite (esto, también); miremos dentro de nuestra casa y descubramos los gestos de ayuda que nos envían quienes allí habitamos y pongamos nuestra confianza en Dios, que nos llama a renacer desde lo alto.

En estos tiempos hagamos nuestra la súplica de san Ignacio: “Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para N° 23). MSJ

“El apóstol no es el activista, sino el que guarda en todo momento su vida bajo el impulso divino”.

— Padre Alberto Hurtado —



FUNDACIÓN
**PADRE
HURTADO**

f fundacionpadrehurtado
@p_hurtado
www.padrealbertohurtado.cl